

LÁZARO CÁRDENAS:
EL PODER MORAL

José C. Valadés

© José C. Valadés

Febrero 2014

Ésta es una publicación de la Delegación Cuauhtémoc y
Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y
Salvador Vázquez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Este programa es de carácter público no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el DF será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

Nota

Sobre el Lázaro Cárdenas de la expropiación petrolera se ha hablado mucho, pero en estos últimos años muy poco material se ha divulgado sobre otros aspectos de sus seis años de gobierno. Es curioso que cuanto mayor es el interés menor es la cantidad de información accesible.

Recuperamos estos trabajos periodísticos de José C. Valadés, uno de los mejores historiadores que ha tenido este país, y sin duda el mejor recolector y divulgador de la historia del primer tercio del siglo XX, entre ellos una notable entrevista con el presidente Lázaro Cárdenas.

No es un texto semejante a los que estamos acostumbrados, la posición de Valadés es extraña, muy diferente a la que ha sostenido en muchos de sus libros: se permite ser generoso con el porfirismo al que deshizo en una de sus obras mayores, desprecia al sindicalismo lombardista, con una mirada anticomunista sin duda heredera de su pasado libertario y sus desconfianzas ante la URSS, mantiene una enorme distancia con Lázaro Cárdenas, pero sin embargo

trasluce en el texto muestras continuas de admiración, se hace eco de algunas de las críticas conservadoras con las que fue fustigado durante su mandato, pero aplaude una y otra vez sus virtudes y su estatura moral, se proclama afín a Almazán pero simpatiza con la izquierda cardenista, en particular con Múgica, critica la defensa cardenista de la república española y sin embargo aplaude el que le haya abierto las puertas de México al exilio español.

No es común un texto así; en que polemizando continuamente contra el socialismo (que no ve ni por asomo en el cardenismo), festeja el reparto agrario o que discrepa con la expropiación petrolera en lo que tiene de concesión al sindicalismo y la aplaude en lo que tiene de rescate de la economía de la nación.

Saldremos de su lectura con más preguntas que respuestas, pero enriquecidos en lo informativo, con nuestras curiosidades fortalecidas, con ganas de estudiar para polemizar con el autor, con ánimo de estudiar ese momento clave en la historia de nuestra nación y con un excelente retrato de Lázaro Cárdenas que Valadés nos proporciona en la entrevista realizada en 1938.

Los textos que se funden en esta antología-reportaje-ensayo forman parte de una serie de entrevistas y trabajos realizados por Valadés para *La Opinión* de Los Ángeles, siendo frecuentemente reproducidos por *La Prensa* de San Antonio a lo largo de 1940. La entrevista con Cárdenas fue publicada en la revista *Hoy* de la Ciudad de México en 1938.

Paco Ignacio Taibo II
México, DF 2014

UNA MIRADA AL CARDENISMO

Si el gobierno del general Cárdenas, que termina el 30 de noviembre, no ha sido el único en cuanto a duración, sí lo fue en cuanto respecta a la riqueza pública que manejó.

El gobierno cardenista, en seis años, ha dispuesto de más de dos millones de pesos, o lo que es lo mismo, el doble de lo que dispuso el gobierno porfirista en treinta años de administración.

Contó también el general Cárdenas con todas las riquezas principales del país: ferrocarriles, petróleo, minas, agricultura y telégrafos. Fue también un apoyo tres veces superior del que existía durante el régimen porfirista.

Otro punto de apoyo que tuvo el gobierno cardenista, que jamás lo había tenido gobierno mexicano alguno, fue el de la organización política: Partido de la Revolución Mexicana, sindicatos obreros y ligas y sindicatos agrarios.

Con seis años de gobierno, puede asegurarse que el general Cárdenas tuvo en sus manos la autoridad más fuer-

te y más vigorosa conocida en la historia de México. Ningún otro gobernante había reunido en torno a tal cantidad de fuerzas económicas y políticas como Cárdenas.

¿Y cuál fue la obra realizada en el sexenio por el general Cárdenas?

En primer término, el hecho de haber logrado reunir bajo su dirección a tamañas fuerzas pone de manifiesto una parte, quizá la principal, de la tarea del cardenismo. Corresponde, sin embargo, examinar qué beneficios alcanzó el país con un gobierno de la fortaleza y del vigor del que está por terminar.

I

El general Cárdenas subió al poder el primero de diciembre de 1934, casi sin oposición alguna, apoyado por un partido que, como el callista, tenía la dominación casi absoluta del país desde 1924.

El hecho de haber contado con el apoyo firme y resuelto del callismo fue para el gobierno del general Cárdenas una base sólida y firme.

El general Calles, lleno ciertamente de errores, logró crear una organización política de magnitud tal que su poder llegó a ser casi indiscutible e insuperable.

Cuando el general Cárdenas surgió como candidato a la Presidencia de la República, era un hombre desconocido en la política nacional. Su principal oponente en la campaña electoral de 1934 fue el general Antonio I. Villarreal, hombre de personalidad más distinguida y más nacional que Cárdenas, pero sin los elementos de organización política con los que éste contaba.

Aunque el ascenso al poder del general Cárdenas se atribuyó al general Plutarco Elías Calles, la verdad es que éste no tuvo el interés que se le atribuye para hacer presidente de la República a Cárdenas. El candidato del general Calles fue notoriamente el general Manuel Pérez Treviño; pero el entonces presidente, general Abelardo L. Rodríguez puso en juego todos los recursos políticos y económicos que estuvieron a su alcance para hacer triunfar la candidatura de Cárdenas.

Subió éste al poder en medio de la indiferencia nacional. Nadie lo creía capaz de hacer un buen gobierno; y no lo creían capaz porque en realidad no tenía ningún antecedente de hombre de administración, puesto que durante el tiempo que ocupó la gubernatura del Estado de Michoacán no dejó huella trascendental alguna.

Además se creía que con Cárdenas iba a suceder lo mismo que con los presidentes que habían ocupado el poder a partir de 1928; esto es, que no tendría libertad de acción bajo el dominio de un partido tan poderoso y absorbente como era el callista.

Los primeros actos políticos del general Cárdenas fueron recibidos con manifiesta hostilidad por el país, pues el nuevo gobernante instaló en los ministerios a personas que no gozaban de simpatías, contándose entre estos al entonces gobernador de Tabasco, licenciado Tomás Garrido Canabal, hombre turbulento y de ideas que aparentemente eran socialistas, pero que en el fondo constituían una serie de manejos arbitrarios y despóticos.

Y la opinión reinante pareció quedar confirmada cuando Garrido Canabal en vez de romper el sentimiento

de antipatía existente contra él, procedió a organizar un grupo llamado de camisas rojas, cuya única tarea consistió en desafiar los sentimientos de la sociedad, llegando a provocar escándalos y tumultos como el ocurrido en la villa de Coyoacán, en donde fueron muertas varias personas.

Con estos hechos, Cárdenas, en lugar de atraerse las simpatías del país, puso en grave peligro la estabilidad de su gobierno; pero desde entonces comenzó a desarrollarse en el seno del propio cardenismo una lucha contra el partido encabezado por el general Calles, a quien se inculpó de la grave situación reinante en la República.

Fomentadas las discordias por propios y extraños, éstas no tardaron en tener resonancia en el seno del gobierno. Dos grupos; uno cardenista y el otro callista, comenzaron a perfilarse, y en pocas semanas estuvieron en abierta pugna.

Uno de los sostenes más fuertes del grupo cardenista era el general Saturnino Cedillo, cacique potosino, estimulado por la ambición de llegar a la Presidencia de la República. En San Luis Potosí, Cedillo se dedicaba a la conspiración contra el grupo callista, amenazando a éste con una sublevación popular para libertar a Cárdenas de la tutela del general Calles.

El propio presidente de la República no dejaba, por su parte, de alimentar al grupo que le era adicto en todos sentidos; y al objeto comenzó por dar vuelos a la organización sindical, y no sólo a amplificar la figura del líder obrerista Vicente Lombardo Toledano, sino que él mismo, el general Cárdenas, se convirtió en jefe de masas, menospreciando su alta investidura gubernamental.

Muy extraña resultaba la composición del grupo cardenista, pues mientras que por una parte Cedillo reunía

a todos los descontentos que representaban la tendencia derechista, por otro Lombardo encabezaba a los contentos del poder con miras izquierdistas. El juego era demasiado político pero también muy peligroso.

Sin embargo, el cardenismo pudo llegar triunfante hasta el momento de destruir al primer gabinete y de hacer partir a un destierro voluntario al general Calles.

Desde ese día el general Cárdenas quedó dueño absoluto del poder nacional, teniendo como principales puntos de apoyo al general Cedillo en la Secretaría de Agricultura y al licenciado Lombardo Toledano en la dirección de los sindicatos obreros.

Para México el general Cárdenas tomó un nuevo aspecto, y aunque sin creérsele todavía un gobernante de fuerza y de arraigo, se le concedió el título de Hombre de Buena Fe.

Pero para el general Cárdenas, después de la retirada del general Calles del escenario político, surgió un grave problema. No teniendo una actuación nacional que garantizara la fuerza de su gobierno, tuvo necesidad de buscar lo que hacía falta a su poder, esto es, potencia popular. Y al efecto, en busca de esta prenda tan necesaria para un gobernante, no sólo se dio a fortalecer al licenciado Vicente Lombardo Toledano y a la confederación obrera que éste dirigía, sino que optó por salir personalmente a recorrer las ciudades, los pueblos y las aldeas del país.

Haciendo bienes, no en sentido de gobierno, no en expresión de deber, sino con corazón de filántropo, el general Cárdenas desatendió todos los problemas que estaban pendientes de resolución, tratando de conquistar simpatías y asegurar así definitivamente su estancia en el poder.

Comenzó así un procedimiento político que no conocían los mexicanos, y que consistió en que el presidente de la República, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, escuchara ya no sólo los conflictos de orden político y social sino los conflictos hogareños.

En esta tarea, que estaba bien lejana de las grandes tareas a las que estaba llamado a realizar el Ejecutivo de la Unión, el general Cárdenas perdió e hizo perder al país un tiempo precioso.

Posiblemente esta acción del general Cárdenas le hizo ganar muchas simpatías y numerosas adhesiones. Sin embargo, cuando volvió la cara a los problemas nacionales, se encontró con que estos estaban pasando por las más críticas condiciones.

La desconfianza se había apoderado del país; el crédito había sufrido grande mengua, la balanza comercial estaba en completa ruina, la bancarrota moral era notoria. No es exagerado decir que el país se sintió sin timón y que de haber continuado tal estado de cosas, nada hubiera valido al general Cárdenas para seguir en el poder.

Por otro lado, las columnas principales del cardenismo: el cedillismo y el lombardismo, estaban en abierta pugna, que había conducido a unos y a otros a desenfrenos sin igual.

Mientras que en la Secretaría de Agricultura el general Cedillo tendía la mano abierta y francamente a los derechistas e insinuaba la posibilidad de convertirse en jefe y caudillo de una facción, por otro el licenciado Lombardo Toledano anunciaba públicamente su deseo de implantar en México un régimen soviético.

Tan dañosa para el país apareció la amenaza del general Cedillo como la de Lombardo Toledano.

Ésta era en realidad, y vista en toda su desnudez, la situación que prevalecía en el país al concluir el año de 1936.

Muy pocos gratos habían sido para México los dos primeros años de gobierno del general Cárdenas, y sólo la esperanza de que el Hombre de Buena Fe tomase seriamente las riendas del Ejecutivo de la Unión, hacía creer que el caos que comenzaba a tomar proporciones se transformaría en una época de mejoramiento para México y los mexicanos.

Aparte de la pugna existente en las filas del propio gobierno cardenista, había otro obstáculo que parecía que constituiría una barrera infranqueable para que el general Cárdenas lograra consolidarse en el poder. Este obstáculo era el que presentaba el callismo.

Aunque el general Calles había marchado a un destierro voluntario, casi toda la maquinaria oficial estaba en su poder a través de sus numerosos protegidos, amigos y partidarios.

Casi todo el mando del ejército nacional pertenecía a generales de abierta filiación callista, la mayoría de las autoridades locales respondía también al mandato de Calles.

La única autoridad sobre la que el gobierno del general Cárdenas podía sustentarse era una autoridad moral, era la autoridad que le daba la mayoría del país profundamente disgustada con el régimen callista.

El país estaba tan disgustado con el callismo, que si éste se hubiera atrevido a desatar la guerra contra el presidente Cárdenas, de seguro que la mayoría nacional habría apoyado a éste abierta y francamente, a pesar de los errores que había cometido desde el primer día de gobierno.

Calles mismo no ignoraba su falsa posición, debien-

do recordar la famosa entrevista que había tenido con el general Cárdenas en 1934 en las playas de El Tambor, Sinaloa.

En aquella entrevista el general Cárdenas, días antes de las elecciones de julio de 1934, hizo saber al general Calles que si había aceptado su candidatura a la Presidencia de la República, había sido con una condición, y que ésta era la de que en un gobierno cardenista no habría interferencia callista.

La actitud de Cárdenas desde aquellos días había sido determinante y amenazadora; y el general Calles sabía que el presidente de la República no se detendría para hacer respetar su autoridad.

A mediados de 1935 Cárdenas y Calles eran, pues, enemigos en potencia, cualquier insistencia de este último en continuar en el manejo de los negocios públicos habría conducido al país directamente a una guerra civil.

Con buen tacto, el general Cárdenas rehusó concurrir, por de pronto, al campo de batalla. Sin embargo, a fines de 1935, sus amigos (varios generales entre ellos) preparaban una sublevación.

II

Dos son los atributos de un gobernante: primero, la dirección de las grandes cosas; segundo, la interpretación del alma humana. Muy contados han sido los hombres de gobierno que han logrado reunir estos dos atributos. Para ello, se necesita ser un genio.

En cambio, todo hombre de Estado o sabe dirigir las grandes masas o sabe interpretar el alma humana. El general Lázaro Cárdenas es de estos últimos.

El adverso de la medalla lo fue el general Porfirio Díaz. Éste tuvo las más altas capacidades de que ha dispuesto un gobernante mexicano para dirigir las grandes cosas; y sólo faltó a él y a su gobierno el conocimiento y la interpretación de lo humano. Si el general Díaz hubiera tenido la virtud que posee el general Cárdenas, lo más probable es, hablando sin un sentido estrictamente histórico, que hubiera llegado al fin de sus días gozando del poder público mexicano.

La opinión, conjunto de pareceres que tamizada hace llegar a una conclusión, no se equivocó respecto del general Cárdenas, cuando intuitivamente lo llamó Hombre de Buena Fe. Pero no sólo Hombre de Buena Fe ha sido el general Cárdenas; ha sido, sobre todo, el más importante intérprete del alma humana.

Los yerros cometidos en su administración se han derivado de la falta que Cárdenas posee en la dirección de las grandes cosas. Cuantas veces quiso emprender éstas las dejó a medias. No pudo dar al país un sendero de unidad constructiva; en cambio, realizó lo que ningún gobernante mexicano había podido o intentado llevar a cabo por lo menos en los últimos 75 años.

De aquí que la obra del general Cárdenas, diluida en todo el país, no pueda ser representada como un conjunto que tuviera por finalidad convertir a México en un país poderoso, como es el deseo de todos los mexicanos.

De aquí también que la pregunta: ¿Qué hizo Cárdenas en seis años de gobierno manejando más de dos mil millones de pesos?, no puede ser contestada con el monumento enorme que hubiera podido dejar otro gobernante,

con el atributo de que gozó el general Porfirio Díaz, y que heredara al país grandes cosas.

Cárdenas dejó a México, después de seis años de gobierno, un caudal que solamente podrá ser conocido penetrando en el alma de pueblo mexicano.

Los opositores al gobierno cardenista, acostumbrados a ver únicamente al gobernante que realiza grandes cosas, hacen estas objeciones:

Primera, que el general Cárdenas, no obstante los millones de que dispuso, no pudo concluir ni una sola vía férrea de las tantas proyectadas.

Segunda, que el general Cárdenas no logró terminar ninguna obra portuaria de importancia.

Tercera, que el general Cárdenas dejó inconcluso el problema petrolero.

Cuarta, que el general Cárdenas, no obstante los mandatos del Plan Sexenal, sólo pudo llevar a feliz término la construcción de la carretera México-Guadalajara, dejando en punto y coma los importantes caminos de Nogales a Guadalajara y de México a la frontera guatemalteca.

Quinta, que el general Cárdenas no logró dar al problema rural, ya que limitó su acción a los repartimientos de ejidos, sin poner el toque final a la composición de la economía agrícola.

Sexta, que el general no pudo dar al país un camino definitivo para elevar la condición de las clases pobres.

Las objeciones son justas, pues aunque a veces exageradas por las pasiones políticas, lo cierto es que al gobierno cardenista le faltó el sentido de la dirección de las grandes cosas.

Más no es posible exigir a un gobernante, a menos que no se trate de un genio, que posea los atributos unidos que sólo a éste pertenecen.

En cambio, la enumeración de los hechos magníficos del gobierno cardenista dedicado preferentemente a la interpretación del alma humana son elocuentes y hacen del general Lázaro Cárdenas un hombre excepcional en la historia de México.

Antes de intentar el balance de la obra humana del cardenismo, se hace necesario recordar quiénes fueron los colaboradores principales del general Cárdenas.

El primer gabinete del general Cárdenas fue el resultado de los compromisos y de la herencia que el nuevo gobierno recibió del partido callista. Este gabinete, organizado bajo el tema de la dirección de las grandes cosas, en las que el general Calles fue tan hábil y tan inteligente como el general Porfirio Díaz, estaba llamado a chocar, no sólo por intereses políticos, sino por principios de interpretación humana, con el grupo que dirigía el propio presidente de la República.

Los principales colaboradores del general Cárdenas: Rodolfo Elías Calles, Narciso Bassols, Tomás Garrido Canabal y Eduardo Vasconcelos, eran hombres preparados fríamente por el general Calles (gran maestro de la política y del Estado) para la dirección técnica de los negocios mexicanos.

Cárdenas necesitaba un ministerio, no de técnicos, sino de hombres sutiles que elevasen adelante la política de penetración en las masas populares.

Desde los comienzos de su gobierno, el general Cárdenas quiso dar a aquél todos los visos de humanidad; y al

efecto empezó por abrir las puertas del Palacio Nacional lo mismo a los campesinos que a las cocineras, a los burócratas que a los militares, a los obreros que a los expendedores de pan y de legumbres de los mercados de la Ciudad de México.

Quiso en esta tarea noble, pero lejana de los grandes problemas del país, penetrar en el fondo de las necesidades y de los sentimientos populares de México.

Para la alta política nacional, no era posible concebir un presidente de la República que aparentemente se perdía en un mar de chismes y de opiniones individuales. Para el país existía la convicción de que el jefe del Ejecutivo estaba obligado a intervenir seria y definitivamente en las grandes cosas.

Sin embargo, en cuanto a esto, el país vivía en un error. Nadie se había preocupado por los problemas aparentemente pequeños; nadie había tomado en cuenta el sufrimiento y la desesperación de la gente que había vivido eternamente alejada de los altos problemas del Estado.

Uno de los grandes tropiezos que seguramente encontró el general Cárdenas en su ambición de hacer el bien fue la falta de hombres que tuvieran los mismos propósitos y el mismo deseo de penetrar en el alma humana. Por esto también sus ministros fueron, con singulares excepciones, personas vacuas, sin ideas, sin proyectos, sin personalidad y dispuestos a decir sí a todos los negocios que planteaba el jefe del Ejecutivo.

En estas condiciones se llegó a formar un grupo cortesano sin talento y sin virtudes, grupo que se dio a la tarea única de seguir los pasos del presidente de la República por todos los lugares a donde éste viajaba. Se conoció a este

grupo con el nombre que la maledicencia pública calificó en México de la cortesía, ese grupo fue el del famoso FUL (Frente Único de Lambiscones).

No se atribuyó jamás al FUL una influencia en los mandatos del Ejecutivo. Cárdenas, con verdadero tacto, desde la formación de su segundo gabinete trató de eludir la existencia de cualquier grupo que formase una camarilla de mandones en torno de él. En cambio se aseguró que el Frente Único de Lambiscones tenía como principal misión tapar los ojos del general Cárdenas, para que a éste sólo llegasen las alabanzas y no las protestas.

En cuanto a esta acusación, nada más injusto. El grupo de cortesanos pudo velar hasta el sueño del presidente de la República, pero éste nunca permaneció ignorante de cuanto podía ignorar la política de su gobierno.

Si ha existido en México un presidente que ha tenido la atención fija en todo cuanto se sucede en el país, este presidente ha sido el general Cárdenas. Nada ignoró; nada quiso ignorar; supo de todo hasta donde es posible que lo sepa un hombre que tiene en sus manos tantas y tantas responsabilidades como primer mandatario del país.

Lo que sucedió fue que el general Cárdenas, sin capacidad directiva para las grandes cosas, se preocupó honda y únicamente de los problemas humanos.

Las reparticiones ejidales no tuvieron un fin de recuperación económica rural. El deseo indiscutible del general Cárdenas fue hacer un bien a todos y cada uno de los campesinos, pero sin un plan que pudiera señalar que también iba encaminado a formar una nueva economía agrícola.

Los nuevos derechos otorgados a los obreros, el alza de los salarios de estos, las reducciones en las horas de tra-

bajo, no formaron tampoco parte de un plan por el cual se intentase conducir al país a la formación de una nueva economía industrial.

La construcción de carreteras no llevó como finalidad un plan por medio del cual se pretendiese unir los principales centros agrícolas o industriales de México, para que estos tuviesen una mejoría en la renovación de las comunicaciones. Las carreteras tuvieron así un aspecto de lujo y de atracción para el turista extranjero.

La falta de plan en lo que respecta a vías de comunicación queda comprobada cuando se sabe que el propio general Cárdenas, a pesar de carecer de conocimientos técnicos, hizo variar caprichosamente los trazos de la ingeniería, bien para favorecer la petición romántica de algún pueblo o bien para dar a la carretera un aspecto desde el cual el turista pudiese admirar los dones de la naturaleza.

Una de las más importantes obras del gobierno cardenista: la de irrigación, en la que fueron invertidos millones de pesos, tampoco fue realizada conforme a un plan general por el que se intentase convertir las tierras áridas y abandonadas en tierras útiles para la agricultura.

Sin embargo; nadie puede poner en duda que las obras de irrigación tuvieron como fin mejorar algunas regiones del país, pero no existió un plan de conjunto, que tantos beneficios habría dado al país.

Otra gran obra del gobierno del general Cárdenas fue la construcción del ingenio de Zacatepec, uno de los más notables del continente americano. Pero el ingenio fue constituido bajo el anhelo de dar ocupación y bienestar a los campesinos del Estado de Morelos, olvidándose de lo que

la producción azucarera constituye en la vida económica del país.

Cuando el gobierno del general Cárdenas volvió la cara, al fin de seis años, para darse cuenta de la tarea realizada, se encontró con lo que ya el país había notado: que hacía falta unidad en sus acciones, en sus buenas pero desorganizadas acciones.

Ha sido esa falta de unidad en la acción emprendida lo que formó una legión de descontentos. Estos no eran, como generalmente ha creído el gobierno, descontentos causales o sistemáticos, eternos enemigos de las administraciones mexicanas que han llevado el calificativo de "revolucionarios". Sin saber precisamente por qué, los descontentos llegaron a dominar la opinión de la mayoría nacional.

Lo cierto es que la falta de unidad en las medidas y órdenes gubernamentales hubo de producir si no el caos, como han afirmado los políticos opositoristas, sí desconexión económica de tal naturaleza, que hasta hace que se sienta al gobierno con incapacidad administrativa.

III

¿Qué ideas tiene el general Lázaro Cárdenas? y ¿cuáles fueron las que animaron a su Gobierno de seis años? En cuanto a las ideas de Cárdenas, ¿quién las conoce? Cárdenas es uno de los hombres más impenetrables de México. No hay un solo momento de su vida política en la que pueda resplandecer su sinceridad; y esto no porque no quisiera ser sincero sino por que no lo pudo ser.

Nadie, ni sus amigos más allegados, pudieron conocer sus ideas, nadie pudo penetrar en él. Es Cárdenas de

esos hombres que saben cubrir sus pensamientos íntimos con la cortesía, con la caballerosidad; y más que con una y otra cosa, con la generosidad.

¡Amplio corazón el de este hombre que ha ocupado la Presidencia de la República! Pero ¡qué difícil es penetrar en su mente!

No es posible llegar hasta el pensamiento y las ideas de Cárdenas a través de los documentos oficiales; y no es posible porque sí estos son examinados cuidadosamente, se encontrará en ellos delicadas contradicciones. Esto se debe a que la documentación oficial fue redactada por distintas manos. En muy contados discursos y proclamas ha estado la mano directa del general Cárdenas.

La literatura de los documentos expedidos en los primeros dos años de gobierno cardenista tiene giros, conclusiones y principios distintos a la de los dos últimos de la administración. Lo más probable es que la única participación del general Cárdenas en esos documentos se limitó a dar los lineamientos generales, pues hay motivos en tales documentos que sólo se ocurren a un teorizante del liberalismo en los dos primeros años; del socialismo en los dos finales, y el general Cárdenas no tiene nada de teorizante en cualquier aspecto de la vida que se le conozca y se le trate.

Además, los documentos oficiales del último tercio del gobierno cardenista tienen, muy a menudo, un tono de polémica; y para tomar los tamaños de polemista, es necesaria una sólida cultura, que a todas luces falta al general Cárdenas. Éste, pues, puede ser el argumento final para demostrar que los documentos salidos de la Presidencia de la República no pueden señalar las ideas del general Cárdenas.

La impresión general es que Cárdenas es socialista; pero no hay que olvidar que el socialista es siempre un individuo convencido de la bondad de sus ideas y que, en cualquier sitio en donde se encuentre, trata de hacer de su idea una obra.

Con la autoridad de que goza un presidente de México, con la extensión de sus poderes que a veces son casi ilimitados, si el general Cárdenas fuera socialista, habría dejado para el país una huella hondamente socialista; habría intentado, por lo menos, formar una generación socialista y, lo que es más, habría también hecho lo posible por entregar el poder a un hombre que fuese de sus mismas ideas.

El socialismo es una religión, buena o mala, pero es religión; y los socialistas apegan todos sus actos a los mandatos ideológicos de su capilla. Cárdenas no hizo esto; no hizo tampoco socialismo. Su obra choca una y muchas veces con la obra que estaba obligado a realizar un socialista.

No falta quien asegure que si el general Cárdenas no hizo obra socialista se debió a que tuvo temor a las consecuencias interiores y exteriores. Pero esto no es más que una ficción. Cárdenas es un hombre de altísimo carácter, de desmedida lucha, de ímpetus pocas veces alcanzados por un gobernante mexicano. Don Benito Juárez, no obstante la fama que tiene en los libros de historia oficial de haber sido un hombre de indomable carácter, no fue un tipo así, de tal voluntad. Juárez estuvo rodeado de una muralla de ideas, firme, firmísima, que daba al poder público un contingente de carácter y de firmeza, que jamás se ha vuelto a ver en la historia política de México. Cárdenas, en cambio, huyó de los grupos dirigentes, de esta manera resaltó su grandísima e incomparable voluntad.

Nada le detuvo para dar sorpresas al país, como las de La Laguna, como la de Yucatán y como la de la expropiación petrolera; y nada le hizo flaquear ni en los momentos más intensos de la vida de su gobierno. En algunas ocasiones todo el país pareció estar firmemente en contra de la obra cardenista. Cárdenas, en esos instantes en que cualquier hombre habría entrado en condiciones placenteras, se mantuvo sereno, casi heróico.

Mucho influye en la voluntad y el carácter del general Cárdenas la historia de su vida. Pasó su niñez en pobreza; a los 15 años se vio obligado a trabajar; su primer trabajo fue de mando, no obstante su juventud. Hizo su carrera militar no como caudillo, sino como soldado; y un soldado que llega al más alto grado del ejército tiene el don de la independencia, de la firmeza y de la voluntad.

Esa historia de la vida de Cárdenas puede también ser determinante para aceptar que no es hombre de ideas. Las ideas, a menos que no se trate de un genio, nacen de la cultura.

Influye también en lo enigmático de Cárdenas la vida social dentro de la cual se desarrolló. La gente de la región de Jiquilpan es tímida a la vez que desconfiada. De ella, como de la de Morelia, se dice que da la mano pero jamás abre las ventanas para su interior. La misma timidez y desconfianza hacen formar un carácter propio, como único medio de defensa de que se puede disponer,

Pero si muy difícil es conocer las ideas de Cárdenas, en cambio sí se puede aceptar que éste no es socialista a menos que sea poseedor de un socialismo especial.

Y si el general Cárdenas no fue socialista ¿lo fue su gobierno?

Es verdad que en un régimen presidencialista como el de México habría bastado que el presidente fuese socialista para que en torno de él se formase un partido de las mismas ideas. Pero ¿dónde está o dónde estuvo ese partido?

Nadie puede señalar al PRM como partido socialista. Es verdad que éste partido en sus últimos estatutos apuntó que México marchaba con el socialismo; pero esto no fue más que el producto de las divagaciones de un grupo de jóvenes al que Cárdenas trató de dar contenido político haciendo especulaciones de este género. Pero en esencia el PRM se mantuvo siempre lejos del socialismo.

El mismo general Calles dio rienda suelta a cierra literatura socialista durante su Maximato. Sin embargo, ¿quién puede encontrar en Calles un ápice de socialista?

Además, si el socialismo tiene un mérito es el de ser coordinador de las cosas, supuesto que encierra una idea definitiva y marca todas las aplicaciones de ésta. Y el gobierno del general Cárdenas no tuvo coordinación, lo que indica de una manera precisa que no poseyó un programa socialista ni estuvo dirigido por socialistas.

La obra del general Cárdenas en La Laguna, por más que fue realizada con el calificativo de “colectivista”, nada tuvo que ver con el colectivismo, doctrina que suprime el sistema de salarios, que se emancipa de la tutela del Estado, que establece un régimen común de trabajo, que hace de su distribución un método económico especial.

Se antojó que la tarea del general Cárdenas en La Laguna era colectivista, porque “favorecía a la colectividad”; y en esta obra cardenista al igual que en las otras valió más el sentimiento generoso del presidente que la influencia que tal obra podía tener en la economía nacional.

En realidad, la “colectivización” de La Laguna no fue más que el acto del Estado recuperando las tierras que en el siglo pasado habían entregado a los hacendados, para ponerlas en las manos de los campesinos. Nada pues tenía que hacer el socialismo, y menos el colectivismo, en ese traspaso de terrenos que el Estado tenía la facultad de realizar.

En el mismo tenor se siguió en la “colectivización” de los campos henequeneros de Yucatán. Allí tampoco fue abolido el sistema de salario para ser sustituido por los “bonos de trabajo” como preconizan los colectivistas; tampoco fue excluida la intervención del Estado en la vida económica de los que recibieron las tierras.

Uno de los más prominentes socialistas españoles llegados a México después de la catástrofe de España, hablando del supuesto socialismo del general Cárdenas y del gobierno mexicano, nos hacía esta pregunta sin malicia y con el deseo de saber lo que ignoraba:

“¿Me puede usted señalar dónde está la obra del socialismo mexicano? La he buscado por todo el país; he viajado en compañía del presidente de la República; he recorrido los campos agrícolas y los distritos industriales, y no la he encontrado. ¿Se trata acaso de una broma o es que los socialistas europeos ignoramos lo que es el socialismo?”

Se podría argüir que el gobierno cardenista sí fue socialista, ya que contrarió el desarrollo del capitalismo y muchas arbitrariedades; pero la arbitrariedad no es socialismo: es exceso de autoridad. La arbitrariedad lo mismo la comete un gobierno liberal que uno que no lo sea. Además, aparte de la industria petrolera, que no fue socializada, sino nacionalizada, ¿qué otra industria fue alcanzada por los

mandatos cardenistas? El aumento de los ingresos de Estado por concepto de contribuciones a la industria ascendió en los últimos seis años hasta en 50%. Si Cárdenas hubiera obstaculizado el desarrollo industrial, ¿cómo habría podido cumplir la industria con los nuevos impuestos?

Por lo que respecta a la modalidad que se dio a la propiedad rural, no fue consecuencia de la aplicación del socialismo. ¿Cuán distinto habría sido el régimen de la propiedad rural bajo un gobierno socialista! El gobierno juarista dictó una modalidad a la propiedad, y el gobierno juarista vivía bien lejos del socialismo. Obregón hizo grandes repartos y no era socialista.

La única prueba que se podría aducir sobre el socialismo del gobierno del general Cárdenas es la “educación socialista”. Ciertamente es que el principio doctrinario está claro y expresamente asentado en el artículo primero constitucional; pero, ¿cómo puede haber educación socialista sin gobierno socialista? Además, ¿dónde está la pedagogía socialista?

La existencia de un artículo socialista en la Constitución de México es una prueba más de que este socialismo es producto de una ingenuidad o de una moda, no de un propósito serio del general Cárdenas de implantarlo.

Además, si los textos escolares en los que se habla del carpintero, del ejidatario, del albañil y del expendedor de tomates tienen la misión de hacer una conciencia socialista entre la niñez, la verdad es que en lugar de hacer esa conciencia no harán otra cosa sino formar un espíritu de repugnancia del socialismo.

En seis años de “educación socialista”, no se ha logrado ni siquiera hacer relucir una “avanzada socialista” de

una generación que promete hacer socialismo. Ni siquiera ha habido capacidad para crear una nueva pedagogía.

Esta "educación socialista" no es prueba de que el gobierno cardenista haya sido socialista, aunque sí hace estimar la poca capacidad creadora y directora del cardenismo.

IV

¿Cuál fue, en resumen, la obra de seis años de gobierno cardenista? Si se recorren los campos agrícolas de México, se encontrará tristeza y miseria, desorganización y arbitrariedad. Pero entre todo lo malo, que no es posible extirpar en pocos años, se encontrará también el principio de nueva vida social y económica.

El gobierno del general Cárdenas, más que buscar el ordenamiento de la vida rural mexicana en los repartimientos de tierras, fue impulsado: a) por un sentimiento exclusivamente generoso; b) por una política de dar más, para contar siempre con el apoyo de los beneficiados. Ambos impulsos están de acuerdo con el sentimiento de un hombre y con las medidas de un gobierno. Faltó, sin embargo, en esta tarea, un principio: el de una visión general de los problemas del país. La falta de este principio habla del general Cárdenas como de un hombre de gobierno, pero no como un hombre de Estado.

Deja, pues, latente el general Cárdenas el principio de la unidad y del desarrollo de la economía rural. Esto, no obstante, no resta mérito a la obra cardenista, ya que se deja preparado un estado de cosas que fácilmente se pueden encaminar hacia una unidad constructiva.

El mismo estado de cosas dejó el gobierno juarista, como herencia al gobierno porfirista. Juárez construyó las comunidades, disolvió las unidades agrícolas regidas por los intereses de la Iglesia; fue incapaz de dar orden y organización a la nueva vida, resultado de una obra destructiva; pero heredó al general Díaz todos los elementos necesarios para que éste pudiese formar el poder de las fincas de campo, de las haciendas.

Pero Cárdenas hizo algo más en los campos mexicanos que la obra material: él mismo, de una manera singular, llevó la fe para lo futuro. Deja así preparada una situación para un hombre que aparte de poseer los mismos sentimientos generosos, tenga también un sentido de dirección general de las cosas.

En los campos agrícolas deja el general Cárdenas algo más que la primera noción de una próxima y nueva economía: deja también escuelas. Es verdad que la escuela rural no fue creación del gobierno cardenista. Ya la había iniciado el gobierno del general Calles, aunque originalmente no fue idea de éste, sino del licenciado José Vasconcelos, secretario de Educación en el gobierno del general Obregón.

Pero el mérito del gobierno cardenista fue el no haber perdido de vista la importancia de la escuela rural, y de haberle dado una extensión sin límites. El país está actualmente cubierto por una red de escuelas, que ha hecho aumentar la población escolar en los últimos seis años hasta en 50%. Si al frente de la educación nacional el general Cárdenas hubiese tenido un creador de cosas, y no un continuador de hechos, con los presupuestos educativos de seis

años se habría dejado una obra pedagógica imborrable en la historia cultural de México.

Deja también el gobierno cardenista una obra meritísima en los pueblos que antes vivían alejados de la civilización: la salubridad. No es posible decir que la tarea fue completa pero ¿quién puede poner en duda los esfuerzos del general Cárdenas por mejorar la salubridad de un país? Se cuentan por cientos los pueblos que conocieron el agua potable, que oyeron hablar de dispensarios, que supieron lo que era una inyección preventiva; que pudieron tener a su alcance, por lo menos, la quinina, que conocieron a los médicos, que tuvieron noticias de lo que era el drenaje.

A esta obra de salubridad se unió la de asistencia social. Quien conoció la plaga de la mendicidad y de la vagancia de los menores de edad en las ciudades y poblaciones de la parte central de México hace diez años se quedará sorprendido hoy, al ver cómo han disminuido. El mendigo ocasional, que por cientos llenaba las calles de la Ciudad de México, ha desaparecido. Queda, ciertamente, el mendigo profesional, mas justo es observar que éste no se acaba en el término de unos cuantos años.

El problema de la vagancia de los menores lo tomó Cárdenas con el empeño de un filántropo. Él mismo recogió a numerosos niños, les dio escuela, hogar y oficio. Hizo bienes personales incontables e hizo también bienes oficiales de importancia sin igual, abriendo caminos para que los niños pobres de México pudiesen tener asilo y letras.

En los negocios extranjeros, más que un diplomático inteligente, que pudiese jugar dentro de la alta diplomacia contemporánea, el gobierno cardenista fue un romántico.

Sólo a un romántico se le ocurre defender al emperador de Abisinia, reyezuelo arbitrario que hacía consistir la independencia de su país en un sistema opresivo utilizado para sus propios beneficios. Romántica fue también la posición del gobierno en los asuntos de España. Además, ¿no era una inconsecuencia del gobierno cardenista intervenir en los asuntos españoles, cuando México ha reclamado, hasta lo más, su derecho propio de resolver sus problemas internos nacionales por sí mismo? Una diplomacia inteligente había hecho jugar a México otro papel de mayor significación y mérito en la guerra civil de España.

Sin embargo, es necesario elogiar la labor del general Cárdenas al traer a México a los refugiados españoles. Todavía no es conocido el alcance verdadero que tiene esta obra. ¡Qué de recursos de trabajo, de técnica y de cultura se ha allegado el país con la inmigración española! Que entre esos inmigrantes vinieron gentes “peligrosas”, es cierto. Pero ¿qué inmigraciones se escapan de tales gentes? No. La presencia de esos “peligrosos” no aminora la trascendencia de la obra del gobierno cardenista; y no es exagerado decir que México la agradecerá siempre, si es que no la llega a honrar como es debido.

Habría que repetir que a las tareas del gobierno del general Cárdenas faltó una dirección. No se trata de una mera impresión, sino de una realidad: el que Cárdenas dio pasos de uno a otro lado de la vida mexicana, tanteando todos los terrenos, y sin un programa invariable que hiciese saber que no sólo estaba trabajando para lo presente sino para lo porvenir.

Así procedió en cuanto al problema de los ferrocarriles. Estos fueron dirigidos, primero, por el Estado; luego

pasaron a una dirección “obrera”; más tarde se ha intentado que el Estado vuelva a intervenir en ellos. Estos tanteos han sido peligrosos para el gobierno y para el país. Ciertamente constituyen un mérito el reconocimiento de los errores; pero el Estado no tiene el derecho de equivocarse en un negocio de la magnitud del de los ferrocarriles. El problema de estos no es un problema de “gerencias”, sino económico. Para llegar a esta conclusión no es necesario ser un técnico, sino tener un poco de sentido común.

Los progresos de la aviación, de las carreteras, han obligado a todas las empresas ferrocarrileras de cualquier país del mundo a seguir dos caminos: a levantar sus vías férreas o inyectarlas económicamente para que puedan competir debidamente con los nuevos sistemas de transportación. Si el gobierno de México quería salvar el problema, no tenía más que elegir uno de esos dos caminos; y como no era posible que levantase las vías férreas, estaba en la necesidad de transformar los viejos ferrocarriles mexicanos. Para esto, en lugar de hacer nuevas “gerencias” obreras o no obreras estaba obligado a la renovación, que implicaba una inmediata inyección económica. Pero en lugar de esta política de sentido común, el gobierno cardenista se distrajo en iniciar la construcción de nuevos caminos de hierro, dando por resultado que dejase en estado de coma un problema tan importante como el de las vías nacionales y dejase también a medias los nuevos ferrocarriles.

Sin este sentido de dirección fue también como se llevó a cabo la expropiación de las empresas petroleras. México tendrá siempre que agradecer al gobierno cardenista haber recuperado una de sus principales fuentes de riqueza.

Si en lugar de haberse apoyado la expropiación en un conflicto obrero, se hubiese apoyado en un derecho nacional (y la nación tenía suficientes derechos sobre el petróleo), la expropiación habría sido recibida con júbilo sin recelos. No fue así, pues se trató, cuando menos en apariencia, de hacer justicia a una clase, y no justicia a todo el pueblo. Si se hubiera apoyado la expropiación en la justicia y el derecho de México, no se habría asistido al triste espectáculo que se dio, cuando el gobierno se vio desairado por el país, cuando éste fue invitado para que espontáneamente contribuyera a pagar la deuda contraída con las empresas expropiadas.

Pero atinado o no el recurso del Estado para la expropiación, en el fondo, el país se sintió satisfecho del paso dado por el general Cárdenas. No hubo quien no lo aplaudiera, aunque muchos lo hicieron en el rinconcito de su casa, sin atreverse a ser leales públicamente ya no con el gobierno, sino con sus propios sentimientos mexicanos.

No obstante la falta de dirección de las cosas, el gobierno cardenista tuvo gran atingencia en el ordenamiento de dos factores de vida del Estado: el ejército y las rentas públicas. Nunca tamaño caudal ingresó a las cajas del gobierno como en los seis años de cardenismo; como nunca se pudo contar con un ejército como el actual, aunque de justicia es hacer mención de uno de los grandes organizadores militares de México: el general Joaquín Amaro, de cuya herencia se supo aprovechar el gobierno del general Cárdenas.

Falta examinar numerosos renglones de la vida del gobierno mexicano bajo el mando del general Cárdenas; y si es verdad que la actuación del ramo de la justicia causa bochorno; si es cierto que ningún paso formal fue dado en

seis años para acabar con las inmoralidades del régimen judicial, también es necesario aclarar que el general Cárdenas no contó con el apoyo de un cuerpo que, como la Suprema Corte de Justicia, debió ser espejo de moral.

Y no es posible terminar de hacer este sencillo examen del sexenio cardenista sin reconocer el gran respeto que el general Cárdenas tuvo por la vida humana. ¿Que en algunos Estados hubo numerosos crímenes políticos? Ciertamente, pero ¿no fue esto consecuencia más de falta de dirección de las cosas que de un sentimiento humano del presidente de la República? Que el jefe cristero Lauro Rocha y el general Cedillo fueron asesinados, es verdad en cuanto al primero, no así en lo que hace al segundo. Todavía está por hacerse la historia del cedillismo y, cuando se haga, se verá qué lejos estuvo el gobierno de cometer un asesinato.

Compare el más obcecado el capítulo de respeto a la vida humana del gobierno cardenista con aquél de Palomera López, de Roberto Cruz, de Arnulfo Gómez, de Luis Morones y después haga un balance.

Tuvo también Cárdenas respeto por la libertad de expresión. Y en cuanto a la libertad política, también existió, aunque bajo el signo de una democracia incipiente y quimérica. Sirva el ejemplo humano del gobierno cardenista, por lo menos, para lo que en México viene.

LA ENTREVISTA

I

Un caudal de voluntad, de ideas, de progreso, de sentido común — significado inconfundible de hombre superior —; un don de observación, de conocimiento, de trabajo — manifestación de hombre vigoroso —; un sentido de vida, de optimismo, de realidad — retrato de hombre sencillo —: he aquí lo que se ha de decir, viendo de cerca al general Lázaro Cárdenas.

Sin pretender una valoración histórica; sin que una rápida revisión de su obra, sin que una visita fugaz constituyan un documento decisivo, de Cárdenas puede decirse que, después del general Porfirio Díaz, es el único gobernante de México que ha hecho lo que ha querido hacer. Y así ha ido asombrando ya no sólo al país — que el país, por sus contrastes físicos, por sus rivalidades económicas, por sus alteraciones morales, por sus complicaciones orgánicas, ha caminado siempre de asombro en asombro —, sino al universo.

Y ese hacer constante del general Cárdenas no es más que el producto de un creador — de ese típico creador mexicano, que a su vez es producto de un México que encierra grandeza y pequeñez; de un México que, frente a la maravilla de lo maravilloso, exhibe la miseria de lo misérrimo. Por esto ha sido siempre tan difícil para la república de la política encontrar la normalidad y el equilibrio, sea en sus hombres, sea en su existencia.

II

El general Cárdenas, visto a lo lejos, produce el efecto de un hombre exótico, que no sabe lo que hace o que, si lo sabe, no sabe para qué o sobre qué lo hace.

Las voces generales son siempre documentos fugaces, pero no por ello dejan de ser importantes. La voz general mexicana tiene siempre una fuerte dosis de suspicacia, de pesimismo, de negación. ¿No hasta los más altos valores intelectuales son negados en México?

Pues bien, la voz general — necesario es decirlo con toda la fuerza de la verdad y de las independencias políticas y económicas personales — habla del general Cárdenas como de un presidente que no sabe a dónde va y que no sabe lo que quiere. Así, cuando el general Cárdenas dicta una medida, se dice: que ha sido mal aconsejado por dos o tres líderes obreros o que ignora las condiciones económicas del país o que vive ajeno al concierto de las naciones o que pretende tomar una pose socialista, o que sobrepasa su posición de gobernante o que no tiene más afán que coquetear con determinada clase.

Y esto y más dice la voz del general; y la maledicencia humana agranda las cosas, desenvuelve los hechos, altera los pensamientos, y todo en tropel se amalgama, y ya entonces no sólo la perversidad y la virtud se confunden, sino que de una y otra cosa se forjan las leyendas.

Por eso es tan necesario el retrato moral y físico del hombre, como el retrato físico y moral de las naciones.

Para intentar hacer el del general Cárdenas, hay que llegar ante éste, sin el prejuicio de la autoridad, tratando de borrar los antecedentes de su obra. Hay que llegar ante él como se llega ante el más común de los mortales, con un solo afán; el de conocerle y tratarle, para luego dar la impresión de lo que se ha visto, de lo que se ha observado.

Con sus brazos cortos y tirados a plomo y llevando las manos cerradas; con un aire de mando en la cabeza erguida; con paso ágil, agilísimo, y como quien sabe apreciar lo que valen las horas, es como camina el general Cárdenas. Tras de él van sus colaboradores, sus ayudantes; estos casi tienen que correr para alcanzarle.

Cuando se detiene, Cárdenas abre un poco las piernas, deja un brazo cayendo verticalmente, mientras que el otro, en ángulo, lo recarga discretamente sobre el bolsillo de la americana. Inclina el cuerpo un poco hacia atrás, pero entonces baja la cabeza, en acción de modestia y disponiéndose a escuchar con toda atención.

Las dos veces que le he visto en Palacio, viste un traje de gabardina café. Camisa, corbata, zapatos y calcetines del mismo color. La corbata y la camisa apenas con sencillísimos adornos blancos. Se abotona la americana en el segundo de los botones, seguramente no con propósito de

coquetería, sino con el de indiferencia de un hombre falto de preocupación en la elegancia del vestir.

Sobre sus anchos hombros y tras de un cuello corto, se eleva una alta cabeza. Da la impresión de una cabeza de hombre que sabe sentir y esperar.

El óvalo de la cara tiene una línea de energía. El cabello es negro. Hay primeros síntomas de calvicie sobre el ángulo que ingresa en la frente y a cuyos lados se extienden dos espléndidas entradas. Parece como que estas entradas van señalando el progreso en el talento del individuo.

La frente sencilla, con tres o cuatro pequeños canales que en ella se dibujan cuando Cárdenas habla. Elevada y recta sobre el arranque de la nariz, tiene la frente característica de la tranquilidad.

Contrastando con esta tranquilidad de la frente, está la viveza, la agilidad en la mirada. Bajo una espesa ceja brillan los ojos pequeños y de color verde del general Cárdenas.

Blanco el rostro, verdes los ojos, cerrada la barba, fuerte el óvalo de la cara, Cárdenas parece un castellano. Y la caballerosidad en sus modales y en sus hechos no hacen sino venir a confirmar su marcada ascendencia castellana. El porcentaje de sangre indígena es muy pequeño.

Cuando da la mano, lo hace siempre extendiendo el brazo hacia abajo, con la fuerza de un atleta. Esta característica de rectitud en el brazo, lo mismo al saludar que al caminar, es muy significativa. Aprieta la mano con vigor, y casi con efusión, hablando, entonces, más aprisa que como generalmente habla.

Habla y sonríe, sin que en el rostro se dibuje esfuerzo alguno. Parece su cara más la de un caballero acomodado

que lleva al rostro las señales de la salud conquistada en el deporte, en la tranquilidad, que la de un gobernante lleno de preocupaciones por el bienestar de su país. Sin embargo, a veces la señal de la fatiga mental aparece en sus ojos. Entonces le sacude un incesante parpadeo, y cuando lo domina, surge una clarísima mirada, con el aire de un romántico o de un visionario.

Hablando, lo hace con una voz gruesa, pero clara y sonora, y casi siempre muy quedo, sin más alteración que cuando va a terminar una frase. Entonces aumenta la velocidad de la palabra y va bajando la voz.

Sonriendo, levanta un poco el labio superior; y es cuando sus ojos brillan con un tanto de ingenuidad. Trata de ocultar la risa y se le escucha un *oj, oj, oj*, haciendo así de la risa, no una expansión, sino una aspiración.

III

Fue el general Gildardo Magaña, gobernador del Estado de Michoacán, viejo, respetado y querido amigo, quien tuvo la gentileza de introducirme ante el general Cárdenas; y es también el gobernador quien amablemente me lleva a la residencia presidencial.

Los gobernadores de los estados que han venido a la capital para asistir a una reunión se encuentran, en su mayoría, en los salones de Palacio. Unos platican animadamente; otros están sentados, muy circunspectos, en los viejos sillones del porfirismo.

Allí están el gobernador de Veracruz, licenciado Alemán, nervioso y con visibles deseos de figurar en la primera

fila de la política; el de Sonora, general Yocupicio, receloso e independiente; el de Chihuahua, ingeniero Talamantes, tipo de pacífico vecino; el de Guanajuato, licenciado Rodríguez, inquieto y aparatoso; el de Chiapas, ingeniero Gutiérrez, modestísimo y en quien brilla el talento; el de Sinaloa, coronel Delgado, indiferente y ajeno a las proporciones de su cargo; el de Durango, licenciado Calderón, jovial y con tipo de profesionista de bufete; el de Tabasco, doctor Fernández Manero, criollo por los cuatro costados.

Hay gobernadores muy austeros, como el de Nuevo León, como el de Nayarit, como el de Zacatecas. En estos gobierna el antecedente militar.

Los gobernantes esperan al presidente de la República; pero como han pasado dos horas y el general Cárdenas no llega, resuelven pasar a deliberar al Salón de Embajadores. Quedan los otros salones de la residencia presidencial ocupados sólo por unas cuantas personas.

Un ayudante del presidente va indicando a un amigo las señales que dejó en el salón de consejos la tragedia de 1913. La puerta que comunica al despacho del presidente de la República tiene todavía los impactos de los disparos hechos el día que fue aprehendido el señor Francisco I. Madero. Frente a esa puerta, y sobre la alfombra en cuyos ángulos está tejida el águila mexicana, cayó muerto el teniente coronel Riveroll. Los respaldos de dos o tres sillones ministeriales están perforados. En el techo, lo mismo que en los muros, se ven también los impactos.

Y si esas huellas de sangre y de odio repugnan, en cambio, de qué grande elogio son merecedores los gobernantes que han conservado mobiliario y tapicería del viejo

palacio, por más que ese mobiliario y esa tapicería tengan el mal gusto de épocas pasadas.

Hasta el salón verde llega el murmullo de las discusiones de los gobernadores, cuando el general Cárdenas cruza los salones a grandes pasos. Va seguido del discreto secretario de Gobernación, licenciado García Téllez, y del señor Arroyo Ch., jefe del DAPP.

— Buenas noches, señores... dice el presidente de la República, al pasar por los salones y volviendo ligeramente la cara hacia las personas que esperan audiencia.

Luego se le ve envuelto por los gobernadores que se han puesto de pie para saludarle. El presidente extiende la mano a todos y cada unos de ellos y ocupa la cabecera del estrado.

Cuando termina la reunión, el general Magaña me invita a pasar al Salón de Embajadores. El presidente se aparta de los gobernadores, que se despiden de él. Parpadea incesantemente mientras le hago saber mi deseo de que me conceda una audiencia para tener la oportunidad de dar al público mi impresión personal de él.

El presidente sonrío amable; queda un momento pensativo, y luego dice:

— Lo recibiré el viernes, a la una de la tarde...

Luego, mientras le tiendo la mano, dice, hablando muy rápidamente y en voz baja:

— Diga usted al señor Lozano que estoy muy agradecido por la cooperación que sus periódicos están prestando a nuestro país.

El general Cárdenas tiene una memoria privilegiada. Cuando da una cita, y aun cuando ésta sea para cuatro o

cinco días después, recuerda el nombre de la persona y a la hora que la citó.

Cuando el viernes me presento ante el oficial de guardia en la residencia presidencial, éste me hace saber que no estoy en la lista de las personas que serán recibidas por el general Cárdenas, pero me advierte:

—Si es verdad que el señor presidente le citó para hoy, puede estar usted tranquilo, porque el señor presidente tiene una buena memoria.

Y en efecto, pocos minutos después de la una de la tarde, soy llamado al despacho del general Cárdenas.

El presidente está de pie. Tiende la mano — siempre con el brazo recto hacia abajo —, luego me conduce hacia el severo estrado del despacho y, señalando una silla, casi ordena:

—Siéntese usted...

Ocupa el general Cárdenas una silla, e insiste:

—Siéntese...

Ha cruzado la pierna. Sobre la rodilla descansa las manos entrelazadas. Ha levantado un poco la cara y clava la mirada en la del visitante.

—Del problema del petróleo. Hay razones para ello: creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Los periodistas no se pueden quejar... ya han tenido y tienen suficiente material para informar al público. ¿No lo cree usted? Por otra parte, tanto los periodistas nacionales como los extranjeros me han solicitado entrevistas, y si no se las he podido conceder se debe a que dispongo de pocos minutos, y se sentirían, tengo la seguridad, si hiciera un privilegio...

Así se expresó el presidente de la República, hablando con extrema sencillez. Luego sonrió amablemente.

Sin embargo, cuando le dije que existe incertidumbre, no por el paso dado por el Ejecutivo, sino por las consecuencias económicas que se cree pueda traer para el país la expropiación de las compañías petroleras, sin titubear, sin hacer esfuerzo alguno y como quien tiene la más absoluta confianza, también completa, de lo que es y puede ser el país que gobierna, dice:

—No creo precisamente en la existencia de la incertidumbre. ¿Por qué podría haberla? La expropiación de las empresas petroleras no ha sido más que una medida de liberación económica de mi país. Desearía que llegara al sentimiento nacional el propósito del gobierno de haber iniciado, mediante esa medida, que ha estado ajustada a la severidad de la ley, el deseo de llegar a nuestra liberación.

El presidente de la República se incorpora un poco y, sin variar el tono de su voz, prosigue:

—A la inconsecuencia de las compañías petroleras, que se negaban a acatar un fallo legal, el gobierno tenía que responder con una medida constitucional, prevista por nuestras leyes; y esta medida no podía ser otra que la de decretar la expropiación.

Y a la pregunta de si estima que México podrá cumplir con la obligación de pago que ha contraído con las empresas petroleras, el general Cárdenas, reposadamente contesta:

—El país saldrá airoso, tenga usted la seguridad... El país cuenta con los suficientes recursos para llevar a cabo sus planes, sin tropiezo alguno. Además, cuenta el gobierno con la cooperación de todos los mexicanos. Todas las clases sociales, y principalmente las clases trabajadoras, han respondido entusiastamente al llamado del gobierno. Nos debemos sentir satisfechos.

A estas palabras del presidente de la República sigue un pequeño pero significativo silencio. En los ojos, en la palabra, en los gestos de energía que el general Cárdenas hace después de pronunciar las últimas palabras, brillan la esperanza y la voluntad.

Hombre de fe inquebrantable, parece que en el alto que ha hecho en su conversación pregunta en silencio si no es posible que un hombre, que un gobierno, que una nación, pueda hacer lo que quiera hacer.

—Pero hay un temor, señor presidente, y es que el gobierno no pueda vender el petróleo en el extranjero —objeto.

—Ese temor no tiene razón de ser. El gobierno tiene asegurada la venta del petróleo en el exterior —afirma enfáticamente el presidente.

Cambia entonces de postura. Se acomoda mejor la silla. Vuelve a cruzar la pierna. Coloca nuevamente las manos sobre la rodilla. Espera con marcada atención la pregunta que se le va a hacer; y así, cuando me refiero a la inquietud que reinó a raíz de la expedición del decreto de expropiación, principalmente en los mercados públicos, responde:

—Pero es que el mercado de la Merced, por ejemplo, no puede ser el barómetro de nuestra economía. El especulador aprovecha siempre cualquier incidente para provocar la elevación en los precios de los artículos de primera necesidad, para crear un estado de desconfianza; pero luego, cuando vuelve la calma, cuando se ve que en el pueblo no ha surtido efecto la alarma, la situación vuelve a la normalidad. No; en este paso que ha dado el gobierno no ha habido más que satisfacción nacional. De esto estoy seguro y el

gobierno tiene pruebas inequívocas de ello. Este barómetro es el de los ingresos nacionales, y puedo decir que nuestros ingresos no han tenido el menor descenso. Por el contrario, han continuado ascendiendo, y esto nos dará oportunidad para continuar desarrollando las obras de beneficio general que hemos emprendido. A ninguna medida excepcional tendrá que recurrir el gobierno, ya que ha encontrado la simpatía y la cooperación de todo el país.

Pregunto entonces si México, al recuperar su riqueza propia, al engrandecer sus recursos, no estará amagado por una agresión del extranjero.

— Ese peligro — contesta rápidamente el presidente de la República — pudo existir cuando teníamos al enemigo en casa. Entonces sí pudo existir el peligro a que usted se refiere; pero cuando el país se ha librado del enemigo que vivía en el interior, ¿cuál otro puede existir?

Recuerda, a continuación, el general Cárdenas, los años que vivió en una de las más ricas zonas petroleras de México: el norte del Estado de Veracruz, en donde fue jefe de Operaciones Militares.

Quien asegure que Cárdenas obró en el problema petrolero ligeramente, estará equivocado. Durante su larga residencia en el norte de Veracruz, el general observó muy de cerca las actividades de las empresas. Conoció la necesidad de los trabajadores, vio la miseria de aquellas familias que iban de un campo a otro arrastrando pobreza y desgracias, supo también de la absorción extranjera de territorio de México.

Y no se diga que este capítulo intenso de realidad económica es capítulo sentimental o demagógico. Lo sen-

timental y lo demagógico tienen siempre un fondo de vasallaje y de servidumbre; y lo que se veía y se observaba en la zona petrolera era una triste y vergonzante realidad a la que alguien tenía que poner fin. Cárdenas tuvo el valor de hacerlo.

Ese privilegio del dinero que daba la explotación de la zona petrolera era tan absurdo como todos los privilegios, incluido el del talento.

Hay que reconocer, pues, en el general Cárdenas la autoridad en el conocimiento de los problemas derivados de las actividades desarrolladas por las empresas petroleras. Y pudo así el presidente hablar al país con toda firmeza el 18 de marzo, y pudo así también decir con orgullo a la vez que con modestia:

—El problema del petróleo es problema liquidado para mi país, y tengo la certeza de que de él saldremos airo-sos...

Y después de dichas las anteriores palabras, el general Cárdenas vuelve, como cosa que le interesa, que le agita, a otro problema... Es éste el de la educación.

Con sencillez, dice el presidente:

—Creo que el país se ha olvidado de un problema más trascendental: éste es el problema educativo. Ustedes, los periodistas, lo han olvidado también. Y es de sentirse, porque ustedes podrían ayudar al gobierno a resolver este gran problema; ustedes, que se pueden hacer escuchar no sólo en México sino en el extranjero.

Parpadea intensamente el general Cárdenas, quizás por el reproche que ha hecho. Luego fija la mirada, y continúa:

—El problema de la educación en nuestro país no es un problema de construcción de grandes y costosos edifi-

cios escolares. Cuánto quisiéramos, créame, construir grandes edificios; pero nuestros recursos económicos no llegan a tanto. Lo que es necesario es llevar las letras, la cultura, a todos nuestros pueblos. Lo importante, también, es observar y desarrollar el ansia de nuestro pueblo, de saber. No hay lugar que haya visitado yo, o que haya visitado cualquier funcionario del gobierno, en donde no hayamos tenido siempre la misma petición: queremos escuelas. Este deseo de escuela es muy significativo y nos debe llenar de orgullo.

Habla el presidente de sus observaciones en sus giras, a propósito de este problema, y anuncia:

— Nuestro presupuesto de educación ha ido creciendo, y mi mayor deseo es poder aumentar ese presupuesto en lo que resta de mi ejercicio. Posiblemente llegaremos a duplicarlo. Si los ingresos federales continúan aumentando como hasta hoy, mi intención es destinar la mayor parte de ese aumento a la atención de la escuela. Ésta es mi mayor preocupación. Pero, aparte de los esfuerzos que haga el gobierno, mi deseo sería contar con el apoyo y cooperación de todo el país. Esto será para el bien de nuestras letras, de nuestra cultura.

Y cuando, a propósito de educadores, menciona al licenciado José Vasconcelos, colaborador de *Hoy*, uno de los más distinguidos mexicanos, el presidente de la República comenta:

— Parece que el licenciado vive más a gusto en el extranjero que en su país...

Expreso yo, entonces, el temor de que si el licenciado Vasconcelos regresara a México, no faltaría quien hiciera alguna manifestación de hostilidad. Y el presidente replica:

—No veo el por qué pudiera haber manifestación contra el licenciado. ¿Acaso porque ha escrito contra el gobierno? No lo ha hecho últimamente; pero aun en el caso de que así lo hiciera... ¿es que el gobierno pretende que sólo vivan en el país los que lo elogien? ¿No tenemos en esta ciudad varios periódicos y articulistas que a pesar de que atacan al gobierno, de que un día dicen que el gobierno está vendido no sé a quién, o al otro asientan lo contrario, gozan de la más absoluta libertad? La norma del gobierno ha sido del más completo respeto a la prensa; y esa norma será inquebrantable. Hemos concurrido a grandes luchas cívicas y armadas por la libertad, y una de nuestras conquistas ha sido la libertad de prensa.

Y a continuación, el presidente de la República quiere algunas noticias del mundo periodístico. Pregunta cómo estuvieron las fiestas de las bodas de plata de *La Prensa*; y cuando le digo cómo los miles de asistentes al Auditorio Municipal de San Antonio, Texas, cada vez que escuchaban el nombre del presidente de la República, lo ovacionaban deliberadamente, con caballerosidad, el general Cárdenas, comenta:

—Si esto fue así, es de debérselo al periódico del señor Lozano; el señor Lozano es un buen amigo mío.

Se refiere el presidente a otros periódicos; menciona a la revista *Hoy*, de la que dice que es “una gran revista, muy bien presentada”.

Después, el general Cárdenas habla de sus grandes proyectos de colonización en el norte de la República. En el segundo semestre de este año, informa, estarán concluidas las obras de defensa del río Bravo. Seiscientas mil hectáreas quedarán convertidas en tierras de regadío.

—Las dedicaremos para frutales. Son tierras propias para frutales cítricos... Los mexicanos que residen en California, y que tienen una gran experiencia en el cultivo de frutales, nos podrán traer a esas tierras que el gobierno piensa destinar a la colonización, aparte de su experiencia, los elementos necesarios para el cultivo. Después del problema de la educación, y junto con éste, el país tiene otro de no menor importancia: el de la agricultura. Queremos desarrollar la economía agrícola. Todos estos problemas que el gobierno trata de resolver no encierran más que un gran deseo: el del bienestar económico nacional.

El general Cárdenas hace una pausa solemne. La plática ha terminado. Se pone de pie, con la cabeza erguida. En sus ojos brillan la esperanza y la fe.

UN BALANCE AL FIN DE SU MANDATO

Ningún otro hombre, a excepción del general Porfirio Díaz de los primeros veinte años de gobierno, ha tenido en sus manos el poder que en estos días tiene en México el general Lázaro Cárdenas.

Y el poder que tiene en sus manos el general Cárdenas excede el que tuvo el general Díaz hasta los últimos años del siglo XIX, debido a que no es el poder de la violencia, ni de la autoridad civil o militar el que aquél posee. El poder de Cárdenas es un poder casi inigualado en la historia mexicana: es el poder moral. Cárdenas, a pesar de las críticas severas de sus enemigos, es dueño de un poder que una gran mayoría de la nación admite casi sin discutirlo. Manda sin despotismo, domina sin ejercer el terror. Su autoridad tiene un fuerte signo de paternal, y paternal es él. Quizá este patriarcado cardenista sea ingenuo y romántico, pero ha servido para dar un nuevo sesgo al poder de la autoridad en México.

Ningún otro presidente de la República había ensayado este sistema de convencimiento, de dominación y de

autoridad que ha ensayado Cárdenas. Quizá otro tanto hubiese hecho el señor Madero si hubiese tenido la oportunidad de desenvolver todo el poderío que le había dado una revolución triunfante. Tal vez ese camino habría sido el de don Adolfo de la Huerta si éste hubiese podido seguir en la Presidencia después del interinato.

Pero en los “casos” de Madero y de De la Huerta hay que hablar en “suposición”, en tanto que en el de Cárdenas hay que expresarse en realidad.

¿Qué ha hecho el general Cárdenas para gobernar a México durante seis años, sin abrir las puertas de las cárceles para sus enemigos políticos, sin repetir la tragedia de octubre de 1927, sin recurrir a los cañonazos de a cincuenta mil pesos, sin dar prebendas onerosas para la nación a los viciosos y monopolizadores y sin hacer crear una casta de políticos privilegiados?

El general Cárdenas habrá cometido errores (errores debido, indiscutiblemente, a su falta de preparación como gobernante número uno de la República Mexicana), pero ha tenido el buen sentido de no repetir los errores de sus predecesores.

Sobre todos los beneficios que ha hecho al país, el general Cárdenas se ha significado con este grandísimo beneficio: tuvo valor de marcar un alto a los vicios de la política y del poder mexicanos. Y lo hizo sin condenar a nadie. Lo hizo silenciosamente, con el más alto sentido, con la cordura más admirable.

Hay también que reconocer otro hecho, que si resta mérito a la obra de Cárdenas, en cambio enaltece la obra de los mexicanos; y es de creerse que Cárdenas acepte, en bien

del país, que tiene mayor valimiento el poder de los mexicanos, que el poder de un gobierno. Un gobierno no tiene más que una época; un pueblo tiene una vida.

El México que Cárdenas “recibió” (y digamos recibió en un sentido figurado, supuesto que nada autoriza a nadie para “recibir” a un pueblo como cosa propia), no era el México de 1920, ni era el de 1924, ni el de 1928, ni el de 1932.

Quince años después de la caída de Venustiano Carranza, que jamás pudo ser una autoridad capaz de dirigir la República Mexicana, la situación política, económica y social de México había cambiado, si no totalmente, sí había tomado nuevos caracteres.

En lo moral, las desilusiones de largos años de guerra civil habían empujado a México a la creencia de que no era por el ejercicio de la violencia como podría obtener mayor plenitud en su vida espiritual. En 1935 era ya notoria la reacción del pueblo mexicano contra cualquier acto de violencia. Los hombres estaban fatigados de luchar, de huir, de marchar al extranjero en busca de sosiego, de abandonar los campos para encontrar refugio en las ciudades.

La inmensa mayoría de los mexicanos había llegado a esta conclusión: quienquiera que sea el presidente de la República nos dará mayores beneficios en un estado de paz, que quienquiera que nos ofrezca las mayores ventajas en un estado de guerra.

Con este principio moral, México tenía que aceptar tranquilo y sereno el establecimiento de la autoridad, la función del Estado.

Afortunadamente, para corroborar este principio, que no era más que un deseo ardiente de una mayoría na-

cional, llegó a la Presidencia de la República, un hombre que, como Cárdenas, pareció, instintivamente, darse cuenta del nuevo estado moral de los mexicanos.

Y prueba de la correspondencia que desde un principio se estableció entre el nuevo presidente y los mexicanos fue la caída del general Calles. En otro estado moral que no hubiese sido el predominante en 1935, Calles y sus amigos habrían acudido a la violencia. Si no acudieron a ella, fue por falta de ganas, porque ¿quién abandona en México los jugos de una fruta, voluntariamente?

El callismo, que siempre se había significado por su agresividad, era el menos indicado para abandonar, sin hacer esfuerzo alguno de defensa, sus proposiciones.

Pero el callismo fue impotente para enfrentarse, no al general Cárdenas, sino a todo un país que estaba cansado de las tertulias revolucionarias, de los festines de sangre, de las orgías de los caudillos. En la historia de México, como en la de cualquier otro país, se ha comprobado que no es la impetuosidad o la heroicidad de un solo hombre la que conduce a las guerras civiles, sino que para que éstas se desarrollen es menester encontrar el espíritu de agresividad o de heroicidad entre el pueblo. El de México había perdido ambas "facultades" después de las insólitas guerras a las que había sido conducido a partir de 1911.

En un medio como el que existía en México en 1935, fácil fue para el general Cárdenas llevar al país hacia nuevas rutas. Éstas pudieron ser equivocadas en los sentidos social y económico, pero fueron certeras en cuanto a la comprensión del sentido moral.

Y una nueva prueba de que Cárdenas comprendió intuitivamente los deseos del país, y de que el país com-

prendió a Cárdenas desde el día en que llegó a la Presidencia de la República, fue que 99% de los mexicanos llamó a Cárdenas “el bienintencionado”. Hasta los más severos críticos del cardenismo no pudieron contener esta frase: “Cárdenas está cometiendo serios errores, pero no dejaremos de reconocer que en el fondo tiene buenas intenciones”.

¿Qué más podía pedir un gobernante de México, sino que hasta sus más enconados enemigos le reconociesen buena intención?

No era, por supuesto, el estado moral del pueblo de México el que iba a ayudar a Cárdenas a consolidar un gobierno sin dramas. Era también el estado económico.

Es necesario reconocer que si el gobierno del general Calles (y el apéndice de éste, conocido con el sustancioso nombre de “régimen callista”) causó graves males a México, en cambio, aunque sin un plan, creó una economía propia del país.

Para el gobierno callista, no había más que dos caminos a seguir en cuanto al capítulo económico: continuar favoreciendo la expansión en México del capital extranjero o la creación de un capital nacional. Obregón había seguido el primer camino. Calles tomó el segundo. Pero decimos que lo hizo sin plan porque el capital nacional que comenzó a formarse a partir de 1924 fue consecuencia del azoramiento que entre los inversionistas extranjeros produjo la política social que con fines de partido condujo el general Calles.

El alejamiento del capital extranjero trajo a México, como resultado inmediato, la formación de una incipiente industria, que se ha ido desarrollando más y más.

No es necesario recurrir, en un trabajo meramente objetivo, a las estadísticas que señalan cómo a partir de 1924

México comienza a crear ramos que antes dependían únicamente de las importaciones del extranjero. Y es necesario también señalar que este interesante periodo del desenvolvimiento de una economía nacional comienza con el general Calles.

Antes del gobierno callista, México no poseía nada en cuanto a materias manufactureras, a no ser las rudimentarias telas de algodón y de lana. Con el general Calles empieza una industria que si no ha dado todo lo que debería dar, cuando menos ha conducido al país hacia un régimen económico de mayor independencia.

Este estado económico fue también elemento favorecedor para el gobierno del general Cárdenas. Si el gobierno cardenista ha logrado aumentar los presupuestos nacionales, se debe a que la hacienda pública ha encontrado un campo amplio de especulación fiscal en la naciente economía del país.

La naciente y nueva economía de México provocó un alza en los medios de vida, y es así como se observa un hecho que ha pasado inadvertido a los observadores. Este hecho, curioso a la vez que trascendental, es el siguiente: la colonia Roma, en la Ciudad de México, fue hasta hace diez años asiento de familias de acomodación burocrática o comercial. Nadie, que no perteneciese a los ramos comercial o burocrático, podía aspirar a una vivienda en la colonia Roma.

Actualmente, un alto porcentaje de los ocupantes de las viviendas en la colonia Roma pertenece a la clase obrera. Esto, para el más sordo o para el más ciego, debe ser signo inequívoco de mejoramiento económico del país. El primer

síntoma de desarrollo económico que ha dado cualquier país ha sido siempre el de mejoramiento de la vivienda.

El tercer elemento favorable que encontró el general Cárdenas al llegar a la Presidencia de la República el 1 de diciembre de 1934, y que mucho le ayudó a consolidar su situación como a extender pacíficamente su autoridad, es de tanta importancia como los dos anteriores. En este tercer elemento se ve reflejado el estado social de la República, e influyen grandemente en él los capítulos moral y económico.

No fue la formación de un estado social favorable para el advenimiento de un gobierno dirigido por un hombre de autoridad, de “buena intención” y de talento como Cárdenas, el resultado de una política anterior al cardenismo. Ese estado social fue el resultado de la composición moral y de la formación de la economía nacional ocurridos en México a partir de 1924.

En un teatro tan propicio como era México en 1935, sólo faltaba la presencia y la actuación de un hombre. Y con buena intención llegó el general Lázaro Cárdenas a la Presidencia de la República. Pero no únicamente con buena intención, sino con otros dos elementos que han poseído pocos jefes del Ejecutivo mexicano: trabajo y creación.

Ningún presidente de la República —después de los primeros quince años de régimen porfirista, que fueron de progreso, de actividad, de trabajo, de desarrollo nacional en todos los sentidos— se entregó al trabajo con el afán con que lo hizo el general Cárdenas.

Sin embargo, el trabajo realizado por Cárdenas desde el comienzo de su gobierno parecería que no estaba encaminado sino hacia un solo punto de vista. Cárdenas se dio

cuenta de lo débil que era, políticamente, su gobierno. Y en efecto lo era, porque estaba basado sobre los cimientos que había tendido el general Calles. Cárdenas no tenía independencia política; en torno de él existía un partido dominante, casi arrollado. El presidente carecía de sus propias fuerzas, y había necesidad de construir esas propias fuerzas.

De aquí que en el trabajo primero que desarrolló el general Cárdenas se descubriese una obsesión: crear una nueva fuerza política para evitar el derrumbamiento del nuevo gobierno, tal como había acontecido con gobiernos anteriores. Parece que el presidente Cárdenas, apenas en el poder, no se hacía más que esta pregunta: "¿Qué haré para que no me tumben?". Y para evitar que lo tumbaran comenzó por intentar la conquista de las fuerzas populares. Sólo que Cárdenas entendió que esas fuerzas populares, estaban radicadas en determinada clase social, olvidando que lo popular no es exclusivamente el obrero o el campesino. Lo popular lo constituyen todas las clases sociales sin privilegio.

La superficial visión que el general Cárdenas tuvo de lo que constituyen las fuerzas populares fue el motivo por el cual el nuevo presidente de la República se entregara demasiado a los directores de grupos obreristas y agrarios. Estableció estos coqueteos inesperados en un jefe de Estado primero; luego formó compromisos que lo ataron seriamente para el resto de su gobierno.

Los directores obreros, y con estos las masas obreras, comenzaron a tomar tal poderío, que en lugar de constituir el "respaldo" popular del general Cárdenas, fueron una amenaza de consideración para la estabilidad del nuevo gobierno.

Pronto, el general Cárdenas se dio cuenta de que el apoyo popular que había buscado para su gobierno no podía estar sustentado exclusivamente en las fuerzas obreristas. Para darse cuenta de su error, fue suficiente la llamada de atención que dio el general Calles. Éste, obrando imprudentemente, y sin darse cuenta de que una advertencia al enemigo no serviría sino para poner en guardia a éste, hizo saber a Cárdenas que había otras fuerzas, aparte de las obreras y agrarias, que constituían el poder popular. Entre estas fuerzas, es claro, estaba el Ejército.

La falta de conocimiento del general Cárdenas de lo que constituyen las fuerzas populares había llevado al país a una situación angustiada, puesto que los directores obreristas, engolosinados por sus primeras y aparentes victorias, se habían atrevido no solamente a anunciar el establecimiento de un régimen bolchevique en el país, sino también se habían atrevido a atacar al Ejército.

Fueron pues, la advertencia de Calles y el desenfreno de los directores obreros, los que hicieron que el general Cárdenas se diese pronto cuenta de que lo popular no es un problema de clase, sino un problema humano que alcanza a todas las clases sociales y que solamente afecta al privilegio. El privilegio político de esos días lo constituía el callismo; el privilegio económico estaba comprendido en las viejas posiciones del inversionista extranjero.

Cárdenas hubo entonces de dirigirse más ampliamente a lo popular. Lo hizo con éxito, comenzando por destruir el privilegio político del callismo. El general Calles se vio precisado a salir del país.

Con este golpe al privilegio político el general Cárdenas se atrajo la confianza y la simpatía del Ejército. Luego

perforó otra de las más recias murallas populares y anti-gobiernistas hasta entonces: la que formaba la burocracia. Ésta ha tenido siempre en México una fuerte influencia sobre la vida moral y económica de la clase media.

La clase media, aunque lo nieguen los opositores del gobierno cardenista, fue colocada en una situación si no de abierta simpatía para Cárdenas, sí de neutralidad; una neutralidad que poco a poco se fue haciendo extensiva hacia el favor al gobierno.

Siempre con la obsesión de: “¿qué haré para que no me tumben?” el presidente Cárdenas buscó nuevos elementos para lograr el apoyo de nuevas fuerzas populares, y miró hacia la gran masa campesina; que no tenía tierras, que no tenía líderes, que siempre había vivido en la oscuridad y en el abandono. La encontró fácil para la conquista, y la conquistó.

Después se dirigió hacia otro medio representativo de grandes fuerzas populares: la Iglesia. No discutió más problemas religiosos; no rebajó la dignidad —dignidad, digamos, aunque sea la más impropia de las expresiones— del Estado; no hizo promesas. Con habilidad neutralizó la influencia de los más fuertes medios católicos. Abrió las puertas del país a los obispos desterrados; permitió el disimulo —la mejor arma que puede emplear el Estado para sus enemigos— y antes de que su gobierno llegara al segundo año, un conflicto que provocó tantas lágrimas a los mexicanos, había sido resuelto.

Faltaba por atraer a otra fuerza popular. Ésta era la más resentida con el poder público mexicano, y estaba constituida por lo que orgánicamente se denominaba “padres de

familia". Estos se mostraban alarmados, y con razón, por los sucesos de los últimos años del régimen callista. Todos los sentimientos habían sido lastimados, y no parecía haber otro medio de acabar con la tirantez que se había venido acentuando entre el gobierno y los "padres de familia", más que el gobierno rindiese todas sus armas y acabase con el Estado moral que había formado la reglamentación del artículo tercero constitucional, que en el fondo no era más que una forma de dominación política sobre las fuerzas populares.

En este problema Cárdenas obró cautelosa y serenamente. No hizo concesiones públicas ni produjo retracciones que hubiesen aminorado la autoridad del Estado. Permitió que el problema tomara nuevas corrientes; encauzó los odios y las pasiones. Lo único que deseaba — y era un deseo no de procedencia religiosa sino de procedencia de libertades — era que frente a la escuela oficial pudiese establecerse una escuela particular. ¿Por qué todos los niños habían de estar sujetos a los mandatos del Estado? ¿No cada quien es muy libre para educar a sus hijos conforme a sus principios y a sus planes futuros?

La escuela particular — institución tradicional en México, ya que tiene su arraigo desde tiempos coloniales —, no pedía más derechos que el de su existencia. Claro está que también pretendía su independencia absoluta. Pero ¿era posible que el Estado aceptase esa independencia absoluta, cuando en todos los países del mundo el Estado se ha arrojado de hecho y de derecho la intervención de la enseñanza? No, para el gobierno era imposible hacer una concesión en términos absolutos, pero sí le era posible encontrar un punto de entendimiento. Ese punto de entendimiento fue

el permiso para que continuase existiendo la escuela privada. Así, un problema que parecía estar a punto de provocar nuevos incidentes en la vida nacional quedó solucionado. Cárdenas logró atraerse la simpatía de otras fuerzas populares con las que no había contado ningún gobierno desde 1924.

Todos los motivos, examinados objetivamente, y sobre lo que habrá menester algún día apoyar en documentación oficial y no oficial, dieron al cabo de cuatro años del gobierno cardenista una extensión y una fuerza que lo convirtieron, si no en un gobierno popular (¿qué gobierno en México puede ser popular?), sí en un gobierno de consistencia popular, que ha podido sortear, con éxito, todas las tempestades.

No ha faltado quien afirme que lo que ha favorecido a Cárdenas es “que es hombre con buena estrella”.

Pero no. Cárdenas ha tenido los más serios tropiezos que gobernante alguno haya tenido en el ejercicio de su mandato; y si ha sorteado esos tropiezos no se ha debido a “buena estrella”. ¿Quién cree en las “buenas estrellas”, cuando el hombre y la sociedad son consecuencia de tantos factores? No; no hay hombres de “malas” o “buenas” estrellas. Hay hombres de talento; de cultura y sin cultura; de perspicacia y sin perspicacia; de valor y sin valor; de energía y sin energía; de trabajo y de vagancia. Cárdenas debe tener, (y las tiene), virtudes. Sin éstas no hubiese hecho lo que ha hecho, y ni siquiera se hubiese sostenido en el poder; pues aunque todos los elementos nacionales que hemos señalado en un principio en esta serie le hubiesen sido propicios, de no haber tenido, como tiene, sus propias virtudes, habría fracasado.

Lo que ha atormentado a Cárdenas —y decimos “atormentado” en el grado superlativo de la suposición, ya que no es el momento preciso de exhibir documentos—, son los compromisos que hizo, en los comienzos de su gobierno, con las fuerzas que él, Cárdenas, creyó que eran las exclusivamente populares.

Muy serios fueron esos compromisos de Cárdenas; pero más serios todavía han sido los desenfrenos de la gente con la que hizo tales compromisos. Ésta llegó a constituir un peligroso grupo de privilegiados, hasta que el propio presidente de la República se vio en la necesidad de someterlos al orden, aunque en condiciones desventajosas para el poder público y para el país.

Ninguna necesidad tuvo el general Cárdenas, pasados los comienzos de su gobierno y cuando buscó, en primer término, el apoyo de los directores obreristas, de hacer levantar una nube de publicidad nacional y extranjera en torno de una supuesta amenaza comunista en México. Cárdenas, que había condenado silenciosamente los métodos callistas, no pudo, en cuanto al panorama obrerista, abandonar resueltamente un camino que él había condenado. De aquí esas acusaciones de que el gobierno cardenista es un gobierno de caos. En esta acusación no tienen la culpa los acusadores, sino el acusado.

Nadie puede decir que hay comunismo en México, ni menos que el comunismo sea una amenaza para el país, a menos de usar tales acusaciones como vehículo de propaganda de partidos políticos; pero sí se puede decir que mucho y muchísimo daño ha hecho al general Cárdenas esa propaganda anticardenista para la cual se han usado todos los vehículos al alcance de los opositores del gobierno.

Examinados así los problemas a los que ha tenido que enfrentarse el general Cárdenas en los primeros cinco años de gobierno, cabe una pregunta que nos puede conducir rectamente a descifrar el problema de las elecciones nacionales: ¿Reúne el general Cárdenas en sus manos tal cantidad de poderes que pueda servir para garantizar la efectividad del sufragio en las elecciones del 7 de julio? Reuniendo los poderes que ha reunido durante su gobierno ¿es el general Lázaro Cárdenas un dictador? La palabra "dictador" ha sido, desde los primeros años de la independencia mexicana, una palabra de especulación política. Dictadores, en el sentido de hombre que gobierna sin leyes y sin otros poderes que le resten autoridad, no han existido en México.

Dos han sido los presidentes de México sobre quienes han recaído con mayor frecuencia las acusaciones de dictadores: el general Antonio López de Santa Anna quien jamás (ni durante la guerra con los Estados Unidos) llegó a ejercer un poder omnipotente. Fue ciertamente veleidoso y teatral, pero sus gobiernos no tuvieron el carácter de imperio absoluto. Tampoco fue dictador el general Díaz.

Durante el porfirismo hubo dictadura de grupo, en el sentido de privilegio político y económico, pero no en el de una fuerza de mando que se caracterizara únicamente por el ejercicio de una autoridad soberana e indiscutible que estuviera en manos del general Díaz. La prueba más evidente de que el general Díaz no fue un dictador es que en el régimen porfirista floreció el Ayuntamiento; y donde hay Ayuntamiento, no puede haber dictadura cesárea.

La acusación de dictador que se ha hecho al general Cárdenas no es más que consecuencia de la pasión política.

Y si es verdad que Cárdenas ha dado a sí mismo determinadas atribuciones, algunas de las cuales riñen con el espíritu de la Constitución, estas atribuciones no han sido el resultado de un deseo de subordinar al pueblo a todos los mandatos presidenciales, sino el deseo de servir a los intereses populares.

En Cárdenas ha habido un exceso de querer servir a lo popular; y este exceso lo ha llevado a situaciones fácilmente criticables.

Cárdenas, por ejemplo, ha manejado los fondos de la hacienda pública no de acuerdo con la severidad del presidente, sino con la libertad de que se siente protegida una autoridad que no quiere pasar por el poder sin haber dejado hondas huellas de sus pasos. Si este hecho está o no ajustado a los preceptos constitucionales, lo podrán discutir quienes pretenden seguir al pie de la letra las leyes, que siempre tienen un fondo antihumano; pero que este hecho sí ha estado conducido por el deseo de beneficiar, es indiscutible.

La acción del general Cárdenas ha roto todos los procedimientos burocráticos que se habían seguido en México desde los días de Independencia. Un pueblo que necesitaba agua estaba obligado a correr tal cantidad de trámites que para obtener lo que le era indispensable para su vida y su progreso, tenía que esperar años enteros. Cárdenas rompió el proceso burocrático, y él mismo, después de conocer las necesidades de los numerosos pueblos que ha visitado, dio órdenes para que se atendiese inmediatamente a los necesitados.

Nadie podrá poner en duda, después de hacer un examen sereno de la situación actual de México, que la acción de Cárdenas ha producido grandes beneficios.

Los acusadores, alarmados, han hecho hincapié en que el gobierno cardenista ha dispuesto de las reservas del Banco de México. Pero es indispensable hacer esta gran pregunta a México y a los mexicanos: ¿Una nación que ha ahorrado no tiene derecho disponer de esos ahorros cuando sabe que pueden ser empleados para el público?

En anteriores gobiernos (y decimos “anteriores” sin especificar a qué gobiernos, por carecer de una documentación oficial que asiente hechos indiscutibles) era costumbre disponer de las reservas de la nación, no para el bien de ésta, sino para la consolidación de grupos de privilegiados. Cárdenas condenó ese procedimiento, que sí entraña serias y graves responsabilidades, y en cambio dio un curso, que ningún gobernante había dado, a los ahorros nacionales.

Las obras que para el bien público ha emprendido Cárdenas empleando los ahorros de la nación — las reservas nacionales, en términos de técnica política y financiera — pueden ser ciertamente muy discutibles, ya que ha habido algunas que han sido realizadas sin un plan meditado y de conciencia; otras que han servido únicamente como un lujo al país; pero nadie puede afirmar, a menos que sea guiado por los odios y las pasiones, que los ahorros de la Nación han sido malversados.

La honradez en cuanto a los manejos de los fondos provenientes de ahorros o de impuestos, si no ha sido absoluta, sí ha tenido una seria aplicación. Cárdenas se encontró con un ambiente viciado al que nadie parecía poder escapar en México. Pudo, es verdad, haber obrado con mano más firme; pero ¿no todos los gobernantes han tenido temor de romper con los círculos que se forman en torno de los pro-

pios gobernantes y que constituyen fuertes pilares en los órdenes político y social?

¿S?í Cárdenas rompe el círculo vicioso en el que han vivido los gobiernos de México, ¡cuánto bien hubiera dado a su país! Pero su carrera gubernativa ha sido demasiado precipitada; ha querido ir a todo, y a veces la fuerza del Ejecutivo se ha perdido arrollada por los altos sentimientos humanitarios del presidente de la República.

Sin embargo, durante el gobierno de Cárdenas no se han visto los espectáculos que han deshonrado a otras administraciones. Cárdenas no ha tenido un secretario de Hacienda que ha hecho ostentosas las riquezas obtenidas durante su gestión. Cárdenas no ha tenido un secretario de Economía con regalías de las empresas petroleras, que haya vivido una vida de orgía y que haya comprado las mejores fincas de la Ciudad de México. Cárdenas no ha tenido un secretario de Comunicaciones enriquecido con contratos favorables a sus propios intereses. Cárdenas no ha tenido un secretario de Guerra que haya adquirido ingenios azucareros y haya especulado en la Bolsa de Valores de Nueva York.

No falta quien asegure que, en cambio, el general Cárdenas ha permitido el enriquecimiento de su hermano, el coronel y senador Dámaso Cárdenas. En esta acusación ha habido, como es natural, perfidia. No parece, de todas maneras, incierta la noticia de que el coronel Dámaso Cárdenas haya intervenido en algunas especulaciones que le han proporcionado la oportunidad de hacer fortuna; pero sin pretender exculpar al general Cárdenas, es necesario recordar la influencia que un hermano de un presidente de

la República tiene entre los cortesanos que no han tenido el valor de rechazar los negocios que les haya presentado el coronel Cárdenas.

Estos negocios, por otra parte, han sido llevados al margen de la inversión que el gobierno federal ha hecho de los ahorros nacionales. El manejo de estos ocupa un capítulo separado, que merece ser consignado como un capítulo en el que ha brillado la honradez, hasta donde han alcanzado los límites de prevención y de rigidez establecidos por el general Cárdenas.

México tendrá que agradecer siempre a Cárdenas que sus ahorros hayan sido empleados si no con el método u orden deseados, sí con la honradez que puede haber dentro de un régimen burocrático que hasta hace pocos años alcanzó un máximo de corrupción.

Cabe también señalar el hecho de que si algunas inversiones de los ahorros nacionales han sido desdichadas, no se debe a la falta de preocupación del gobierno, sino a que no es humanamente posible que todas las empresas realizadas y en las que se ha invertido, en cinco años y medio, más de setecientos millones de pesos, hayan sido coronadas con éxito. ¿En dónde puede estar el hombre o el Estado capaces de no haber sufrido un solo fracaso en su vida?

Cierto que el Estado está obligado a garantizar el éxito en todas las empresas que emprende, supuesto que tal es la misión que "le ha confiado el pueblo"; pero ni en México ni en ningún otro país del mundo, el Estado ha sido capaz nunca de asegurar victoria.

Lo que sí ha de exigirse al Estado es la previsión; de aquí que los pueblos más civilizados sobre la Tierra bus-

quen o sigan a los hombres más preparados para ocupar las más altas funciones del Estado. México, conducido por corrientes que provienen de una tradición contraria a la existencia de un Estado centralizado, no ha podido preparar estadistas. Sus gobernantes han sido siempre designados como consecuencia de “combinaciones políticas”.

Cárdenas mismo, cuyo gobierno ha traído tantas y tantas sorpresas a México y a los mexicanos, era un im-preparado al llegar al poder. Sin embargo, la “buena intención” — señalada por propios y extraños— por una parte, un alto sentido de responsabilidad, una acción emprendedora y un talento surgido en el desarrollo de su mandato, han hecho de Cárdenas, si no al estadista que sabe prever, metodizar, sí al gobernante que sabe ejecutar.

Ese espíritu ejecutivo que hay en Cárdenas es lo que para los enemigos del cardenismo —decimos cardenismo, suponiendo la existencia de un partido que apoya sin discusión alguna los mandatos del general Cárdenas— es dictadura.

Separadamente del poder político, hay otro poder que hace al general Cárdenas un presidente de indiscutible autoridad —no dictadura, sino autoridad. Este poder es el moral. Pocos presidentes mexicanos han podido ejercer este poder que es tan determinante en las más críticas situaciones.

Lo más interesante de este aspecto de la vida política de Cárdenas es que éste no sabe tener amigos. La amistad para Cárdenas es un acontecimiento secundario en la vida del político, quizá en la vida de un hombre. No se le han conocido amigos; y aquellos a quienes se ha creído amigos,

han sido “castigados” por el propio presidente. Varios ejemplos podrían citarse para comprobar que en Cárdenas no hay sentimientos de amistad; pero estos ejemplos pertenecen más a la biografía del actual presidente de México, que a la vida política del país que hemos venido examinando.

No obstante ese grave defecto que hay en la vida de Cárdenas (en la vida del hombre y del gobernante), éste ha llegado a la primera mitad del último año de su gobierno en toda su plenitud de mando.

La autoridad cardenista no ha venido a menos como ha ocurrido siempre con los presidentes que están por terminar su carrera en el Ejecutivo de la Nación, Cárdenas vive los mismos odios que vivió en 1935 y en 1936.

José Cayetano Valadés.

Nació con el siglo, en 1901, en el puerto de Mazatlán, Sinaloa. Murió en 1976. De su obra, cabe mencionar: *Historia general de la Revolución Mexicana; El porfirismo: historia de un régimen, Imaginación y realidad de Madero; Las caballerías de la Revolución; Santa Anna y la guerra de Texas; Biografía de Lucas Alamán.*

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de febrero del año 2014. Para su distribución gratuita y es cortesía de la Delegación Cuauhtémoc y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.